

Territorialidades y alianzas: construcción y activación de espacios locales en el Pacífico¹

ODILE HOFFMANN

En el debate actual sobre la definición de los territorios de las comunidades negras, su titulación colectiva y la construcción de instituciones asociadas —los concejos comunitarios, las organizaciones de base, las organizaciones de coordinación regional del Proceso de Comunidades Negras— es de estratégica importancia elaborar un corpus de conocimientos y argumentos que ayuden a explicitar las formas en las que los grupos habitantes han ido construyendo, y siguen haciéndolo, modalidades específicas de apropiación y explotación de los espacios y recursos del Pacífico. En esta contribución intentaremos reconocer, con base en un trabajo de campo en la parte sur del Pacífico colombiano (región de Tumaco) las distintas formas de territorialidad que caracterizan las veredas rurales, los espacios concretos a los que corresponden estas territorialidades, y sobre todo las dinámicas sociales, culturales y políticas, entre ellas las familiares, que les subyacen. Esto dará pie a una discusión de algunas teorías relativas a las “reglas” de acceso a los recursos y territorios en función de las relaciones de parentesco.

Existen en la literatura especializada sobre el Pacífico tres grandes textos o grupos de textos que tratan estas cuestiones de manera profunda: Nina de Friedemann, pionera en Colombia de los estudios sobre estructuras familiares y territoriales en Güelmambí (Barbacoas) en los años sesenta-setenta, resalta la pertinencia de los “truncos familiares” como ente social fundamental en el control de los recursos y de los distintos territorios mineros. Las estrategias de alianza se fundan en lógicas de acceso a los recursos, de la misma manera que las estructuras familiares —alta movilidad, poligamia y matrifocalidad— responden a necesidades de adaptación a recursos precarios y cambiantes en el tiempo y el espacio (Friedemann, 1969, 1974).

¹ Texto presentado durante el simposio “Territorios e identidades: comunidades negras en Colombia”, VIII Congreso de Antropología, Universidad Nacional de Colombia, diciembre de 1997.

Por su parte, Whitten en Ecuador (años sesenta) también insiste en la adaptación como rasgo específico de los grupos negros del norte de este país. Observa en la movilidad y las características familiares las formas básicas de construcción social de la "cultura negra", pero es el primero —y casi que el único en estas fechas— en introducir en el análisis las dimensiones políticas y simbólicas de las sociedades negras. Reubica las relaciones de parentesco dentro de una complejidad mayor que incluye, entre otras, las relaciones de afinidad y proximidad, en un patrón donde prevalecen lógicas diádicas de interacción en la negociación cotidiana (Whitten, 1992).

Más recientemente en Chocó (años ochenta), Anne-Marie Losonczy incluye a su vez en su modelo los recursos no-materiales que son las relaciones sociales que proporcionan prestigio, autoridad o simple seguridad a los grupos de parentelas. Según la autora, las sociedades negras otorgan "un lugar privilegiado a los intercambios rituales de propiedades simbólicas —elementos constitutivos no materiales de la persona— en la construcción de un espacio socio-político entre los grupos locales [emberas y negros]" (Losonczy, 1992: 596). En cuanto al ámbito de intercambio económico-productivo, reconoce la importancia de las relaciones de parentesco en los procesos de acceso, acumulación y transmisión de los recursos, al lado de otro tipo de relaciones: "La conjunción entre alianza, residencia y ocupación común de los recursos en aras de su completa transmisión desemboca en favorecer el matrimonio y, en cierta medida, estabilizarlo" (Losonczy, 1992: 129).

Estos estudios, por su localización espacial y temporal, tratan de grupos rurales relativamente aislados de la sociedad dominante. Nuestro trabajo se enmarca en cambio en una situación rural marcada por la modernidad a la vez que por múltiples rasgos "urbanos". Los años noventa se caracterizan, en efecto, por un aumento espectacular de la migración hacia los centros urbanos regionales y extra-regionales, provocando efectos de retroalimentación en cuanto a modelos de consumo, expectativas de los jóvenes y modos de integración a la sociedad nacional.

METODOLOGÍA

Por "territorialidad" entendemos las prácticas, concepciones y representaciones elaboradas en torno a los espacios en los que nos movemos. "Territorialidad" no equivale a "territorio", sino a prácticas y representaciones que tienden al reconocimiento y la apropiación de un espacio.

Sólo cuando culmina el proceso y existen formas peculiares de apropiación material o simbólica de espacios concretos podremos hablar de territorio.

Un espacio existe y vive por el movimiento y las "prácticas espaciales" de sus habitantes/usuarios que le dan "sustancia", lo distinguen de los demás. Una de las principales actividades humanas es precisamente "calificar" diferencialmente los espacios vividos para poder proyectarse a partir de ellos hacia otras partes del mundo, sean muy cercanas o lejanas. Los procesos de diferenciación espacial, a través de las prácticas, son siempre procesos identitarios en la medida en que son específicos de los espacios concretos y de los grupos que los usan y elaboran.

Cada quien, como individuo o como grupo, conforma distintos niveles y varias formas de territorialidad, de la misma forma que se identifica con varios tipos de espacios concretos, varias redes, desde lo local hasta lo nacional. Esta noción de multiplicidad de "pertenencia" está aceptada desde los inicios de la antropología en lo que se refiere a identidades; curiosamente se ha trabajado menos en su relación con "territorialidad", tendiendo los estudios de caso a privilegiar sólo uno o pocos de los niveles de territorialidad.

En este trabajo damos cuenta de una investigación en curso, que privilegia como punto de partida el de las veredas, en este caso de un río: el Mejicano, en el municipio de Tumaco. Se trabajó a partir de dos "prácticas espaciales" o indicadores principales: la residencia, que implica la cotidianidad de las acciones que participan en el "construir" y "moldear" el espacio, y las alianzas o uniones, que amplían las esferas de anclaje socio-espacial, con o sin residencia asociada. Ambos indicadores están "ubicados" en el espacio geográfico y en el espacio social, en este caso la trama genealógica de las veredas, reconstruida sobre cuatro generaciones a partir de los fundadores de la vereda.²

2 En un trabajo en curso sobre familias y movilidad, reconstruimos los lazos de parentesco de varios grupos familiares representando más de la mitad de la población de dos veredas del Mejicano, desde los *fundadores* hasta la actualidad, asociando a cada miembro la información relativa a sus prácticas residenciales y matrimoniales. Ahí se analizan con cierto detalle los patrones de composición familiar —la mayoría son núcleos elementales—, de unión —la mayoría estable—, de movilidad y de transmisión de derechos materiales o no-materiales, patronímicos, tierras, cargos. Los primeros resultados presentan una imagen del todo distinta a los estereotipos habitualmente difundidos acerca de la familia "anómica" y "caótica" supuestamente característica de la "cultura negra".

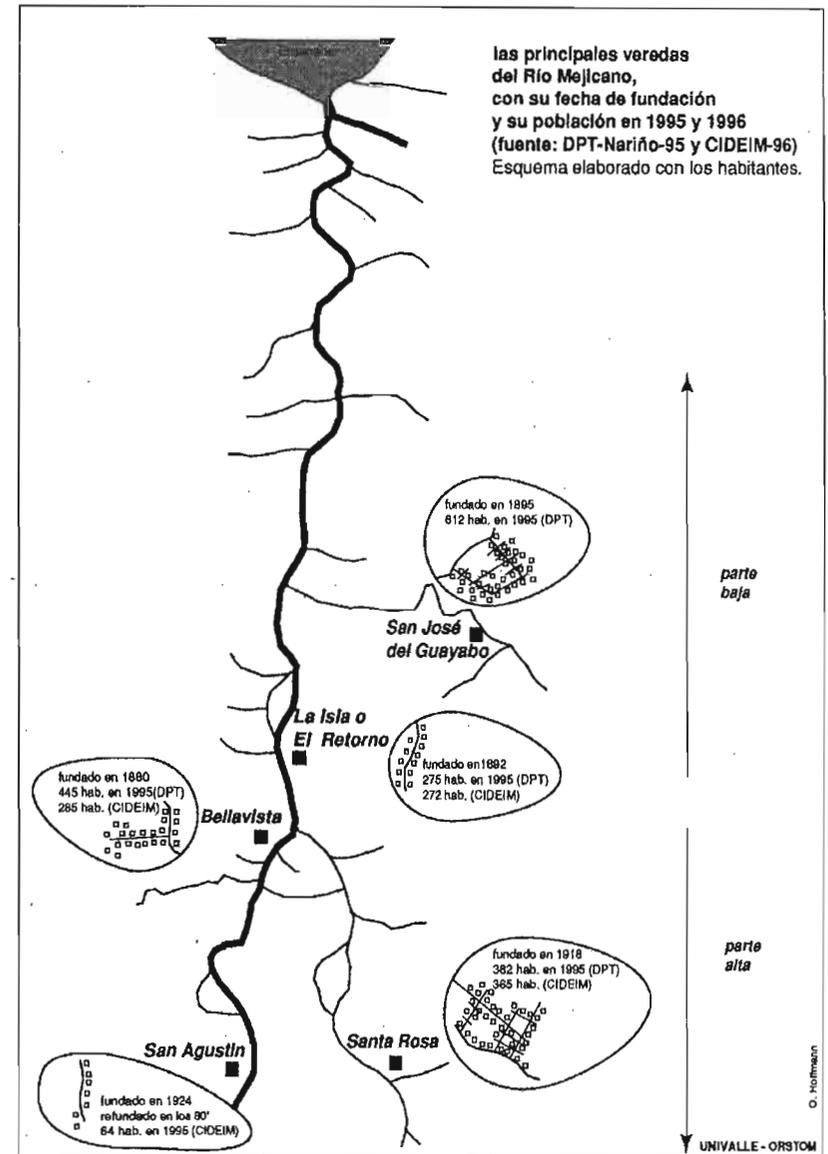
que muchas veces se oculta bajo este término. Veamos los casos de las veredas del Mejicano.

Bellavista, en la parte media del río, corresponde al caso típico: una fundadora del Ecuador y sus dos maridos de Barbacoas llegan a finales del siglo XIX —atraídos por la posibilidad de extraer y vender la tagua, a la vez que abandonando las minas y, sobre todo, huyendo de la violencia— atraen a su vez otra gente ofreciendo tierras y estableciendo alianzas matrimoniales con vecinos del río, e inician ahí la devoción a la Virgen del Carmen. Existe claramente la idea de fundación. Hoy el pueblo está organizado según un doble eje río/calle perpendicular, haciéndose clara la diferenciación entre los espacios ocupados por las casas y por los espacios públicos: la iglesia, la escuela, el parque, el centro de salud, el campamento, el bachillerato, la cancha, etc. Estos están ubicados en la parte alta “urbanizada” del pueblo (290 habitantes). Dentro de las representaciones que la misma gente maneja, el grupo de los fundadores es el que manda en el pueblo (véase mapa 2).

Santa Rosa, en la parte alta del río presenta otra configuración. Llega una fratria de Barbacoas a principios del siglo XX: dos hermanos y una hermana con sus cónyuges —huyendo la guerra de los Mil Días y dejando las minas que ya no son productivas—. Al principio cada quien va por su lado, pero en 1920 se juntan *para formar pueblo*: la iglesia católica regala una imagen y apoya la construcción del pueblo en cuadrícula de calles, con iglesia en la parte alta, parque, escuela, cancha, etc. Se reconoce a los fundadores en cuanto son los gestores del proceso de “veredalización”, pero no existe tanto la idea de grupo de fundadores como en Bellavista: casi todos los habitantes son afiliados o afines a los fundadores (380 habitantes); la decisión de *formar pueblo* fue, de alguna forma, “colectiva” y no es discriminante al interior de la vereda (véase mapa 2).

El Retorno, en la parte media: llegan unos fundadores y luego se van, dejando a uno que otro miembro. Otra ola de fundadores llega y también se va, aunque algunos de sus miembros permanezcan. Otros fundadores llegan a su vez; son los actuales. Con varias “colonizaciones truncadas” de los mismos espacios, no existe la idea tan fuerte de fundadores, o más bien no es única ni compartida por todos los habitantes (280 personas). Es un pueblo lineal que corresponde a la imagen típica de los pueblos del Pacífico, sin iglesia ni *centro* bien delimitado (véase mapa 2).

San Agustín, en la parte alta: fundado como los demás a principio del siglo XX, el pueblo es diezariado por una epidemia de disentería en los años cuarenta, ocasionando la muerte y la huida de algunos de sus fundadores.



Mapa 2. Principales veredas del Río Mejicano • Fuente: DTP Nariño 95 - CIDEIM 96.

Refundado en los años ochenta-noventa por un grupo eperara-siapidara originario de Satinga, que es hoy mayoritario (65 habitantes), San Agustín es un pueblo lineal-disperso que apenas (re)inicia su proceso de crecimiento (véase mapa 2).

Un mismo río, una misma época de fundación —finales XIX, principios XX—, un mismo término (*fundadores*), corresponden en la realidad a cuatro procesos históricos distintos que llevaron a conformaciones espaciales diversas, y a diferenciaciones entre grupos de actores/habitantes disímiles. La idea de grupo familiar de fundadores, y de ahí la de grupo de descendencia existe pero con matices y sobre todo con operatividad social distinta: en Santa Rosa, el acto fundacional es un dato histórico que no conlleva discriminación interna ya que todos lo comparten. En El Retorno, el proceso es demasiado inacabado, complejo y diverso para ser operacional. En San Agustín, ya no es operacional desde el punto de vista de las comunidades negras, con la llegada de los indígenas que acaparan el proceso. En Bellavista sí funciona, pero ahí también merece precisar bajo qué modalidades.

En Bellavista pertenecen a los fundadores tanto los descendientes directos como los afines que adhieren a los valores y comportamientos que se esperan de los fundadores. Se puede entonces dibujar, en el esquema genealógico de la vereda, el grupo de fundadores y sus ramificaciones. Pero no es tan sencillo: el Sr. Anastasio, de 55 años, es esposo de una nieta de la fundadora. Originario de Güelmambí llegó a Bellavista en sus andanzas de juventud, empezó a trabajar colinos y luego se casó. Él mismo se consideraba y era considerado por los demás como fundador, incluso con cierta capacidad de liderazgo, hasta que desacuerdos políticos le han venido a recordar su condición inicial de *recién llegado*. Hoy ya no es fundador y habla con recelo y amargura de los fundadores como los que se creen *los amos del pueblo*.

Tenemos entonces que, si bien el discurso valoriza la existencia de grupos familiares ligados a los fundadores, diferenciándolos de otros grupos familiares —a fin de cuentas cada grupo tiene “su” fundador— el significado social, político y cultural de estos grupos difiere según los contextos locales, tanto espaciales —cada vereda— como temporales, según el contexto de enunciación o de acuerdo con algunas situaciones políticas como la que mencionamos. Los contextos particulares llevan a privilegiar ciertos elementos de las dinámicas sociales sobre otros, y a construir espacios concretos que de alguna forma reflejan estas diferencias: la cuadrícula de Santa Rosa remite a procesos de organización colectiva, la calle perpendicular al

río de Bellavista refleja el papel hegemónico de un grupo en la construcción del espacio veredal, de la misma forma que la distribución lineal de las viviendas en El Retorno y su dispersión en San Agustín, expresan procesos sociales donde la participación de unos grupos o agentes fue en algún momento decisivo.

La noción de *fundador*, grupo de descendencia y red de consanguinidad, abre un conjunto de posibles líneas de diferenciación sobre las que se construyen las relaciones sociales y territoriales. No por eso existen determinaciones ni correspondencias estrictas entre unas —relaciones de filiación y consanguinidad— y otras —relaciones políticas, de solidaridad, de trabajo, etc.—. En la construcción de espacios y territorialidades, en este caso espacios “urbanos” o pre-urbanos⁵ se ve cómo la regla es la diversidad y cómo los significados de un mismo acto fundacional difieren en función de los contextos histórico-sociales.

EL RÍO, LOS RÍOS Y LAS REDES MATRIMONIALES

Queremos aquí resaltar la existencia de espacios privilegiados, construidos alrededor de las alianzas establecidas a través de las uniones matrimoniales —legalizadas o no— y discutir los fundamentos que les dan vigencia en el contexto actual de alta movilidad.

Globalmente, para las uniones de hoy, los universos matrimoniales, medidos por los lugares de origen de los cónyuges de los nativos de la vereda de Bellavista (total 134 contrayentes), participan de varios espacios principales: la zona de los ríos (34% de los cónyuges), Bellavista (10%), la ciudad de Tumaco (10%), las ciudades del Pacífico, incluyendo Cali (10%) y orígenes desconocidos pero fuera de la región de Tumaco (36%). O sea, una “gran mitad” de los cónyuges son originarios de los ríos o de Tumaco (54%) y una “pequeña mitad” (46%) de los cónyuges son de fuera de la región. Esto ilustra de alguna forma la alta migración que conoce la vereda desde las generaciones que siguieron a las de los fundadores y sus hijos. Sin embargo, aparecen matices cuando se los estudia por generaciones y por género.

5 Lo mismo se demuestra en cuanto a las “reglas” de acceso a los *colinos* o espacios de trabajo: aunque el discurso, en Bellavista, otorga ciertos privilegios territoriales a los *fundadores*, en la práctica no se confirma, por el contrario, aparecen otras “normas” o prácticas recurrentes que tienden a subrayar el papel preponderante del trabajo en la posibilidad de acceso a los terrenos de la vereda (Rivas, 1998).

Por generaciones: G1 es la generación de los fundadores. G2, hijos de fundadores nacidos hacia 1910. Los cónyuges son originarios de veredas vecinas, del río Mejicano o del río vecino, el Gualajo. G3 nacidos en la generación G2 hacia 1935-1940 y G4 nacidos hacia 1960-70 (véase tabla 1). En la generación G3 —nietos de fundadores— el universo se amplía a las veredas de la ensenada, Tumaco y las ciudades, además de otros de origen desconocido. En total más del 60% de los cónyuges son de la región inmediata. En la siguiente, G4, casi se igualan los originarios de la región y los de orígenes fuera de la zona, 50/50%. Nótese la pérdida de información acerca de los orígenes de los cónyuges, síntoma de ruptura de relaciones inducidas por la migración lejana, y el 43% de los cónyuges nativos de la vereda o de la ensenada —porcentaje bastante elevado si nos acordamos de la migración—.

	Ríos	Bellavista	Tumaco	Ciudades	Otros	Total
G3	23 (40,4%)	3	9	7	15 (26,3%)	57
G4	23 (29,9%)	10 (13%)	5	7	32 (41,6%)	77

Por género: las mujeres tienen esposos de más lejos, ciudades y “otros”, mientras que los hombres de más cerca, ensenada y Tumaco. El universo matrimonial de las mujeres es más amplio que el de los hombres: no sólo siguen a sus hombres en la migración, sino que migran ellas mismas (véase tabla 2).

	Ríos	Bellavista	Tumaco	Ciudades	Otros	Total
de los hombres	29 (41,4%)	6	9	2	24 (34,3%)	70
de las mujeres	17 (26,6%)	7	5	12 (18,8%)	23 (35,9%)	64

No existen prescripciones ni reglas explícitas de preferencias matrimoniales, pero sí prácticas recurrentes en cuanto a los lugares de origen de los cónyuges. En el Mejicano por ejemplo, no se puede hablar tan fácilmente de exogamia o endogamia con respecto al río, sino de tendencias a esque-

mas repetidos, interpretados como “patrones familiares de comportamiento”. En efecto, la distribución de los comportamientos matrimoniales no es aleatoria al interior de los grupos de consanguinidad o familias. Se notan cuatro modelos:

1. Las familias donde la mayoría de los cónyuges son originarios de los ríos, con recurrencia de sus lugares de procedencia: cuatro familias.
2. Las familias donde la mayoría de los cónyuges son originarios de los ríos, sin recurrencia entre lugares de origen: tres familias.
3. Las familias donde la mayoría de los cónyuges son originarios de las ciudades (Tumaco, Cali, Buenaventura): tres familias.
4. Un modelo mixto, donde no se ve regularidad en cuanto a la procedencia de los cónyuges: dos familias.

En siete de los doce casos —familias de dos generaciones—, los cónyuges de colaterales son originarios de los ríos, muchas veces de las mismas veredas. Hermanos y hermanas (bilateralidad) toman esposos en una misma vereda de otro río. Podría ser un indicio de lo que Losonczy llama la “estrategia matrimonial ideal” que valoriza tres tipos de alianzas: la unión con primo —que aquí no encontramos—, la repetición de alianzas con colaterales —que sí se presenta—, y la diversificación de alianzas. En el Mejicano, encontramos que la estrategia comúnmente adoptada consiste en establecer relaciones con otras veredas vecinas de la ensenada —no del propio río Mejicano—, privilegiando una de ellas con una repetición de alianzas. La diversificación espacial de la red se acompaña de la profundización de ciertas relaciones localizadas. Las estrategias matrimoniales son territorializadas, pero no se reducen al río.

Insistiendo un poco más, se podría interpretar la coexistencia de estos cuatro modelos como el inicio de la transición entre un esquema “tradicional” (el primero) y un modelo donde la mayoría de los cónyuges serían extraños a la región de los ríos (el tercero). En el esquema tradicional, la precariedad de los recursos obliga a diversificar las alianzas locales multiplicando los posibles accesos a otros territorios y recursos, a la vez que a fortalecer ciertos lazos privilegiados asegurando solidaridades movilizables en caso de desgracia. Un modelo alternativo (“moderno”) se vuelve posible cuando las veredas se estabilizan o se modernizan con la introducción de otras fuentes de trabajo y dinero, y ya no dependen exclusivamente de los recursos locales.

Sin embargo, estas interpretaciones, algo funcionalistas, chocan con ciertas evidencias, entre las cuales hay una de mayor peso; no existe correspondencia entre alianza y uso de los recursos. O sea, casi nunca se capitaliza el acceso potencial a otro territorio y sus recursos, lo que cuestiona entonces la viabilidad del modelo.

LOS ESPACIOS DE LA MIGRACIÓN

No existe correspondencia entre lugar de origen de los cónyuges y lugar de residencia de las parejas. De las dos generaciones de referencia (G3 y G4: que hoy son adultos) sólo una cuarta parte reside en la vereda, 8% en los ríos, 33% en Tumaco, 19% en las ciudades y 15% en lugares desconocidos fuera de la región. No pudimos comprobar regla de residencia por género (viri o uxori-localidad), sino la generalización de la neo-localidad, sea en la misma vereda o, más generalmente, en otra vereda o ciudad.

Recordemos que los orígenes de los cónyuges son: la zona de los ríos (34% de los cónyuges), Bellavista (10%), la ciudad de Tumaco (10%), las ciudades del Pacífico, incluyendo Cali (10%) y de origen desconocidos pero fuera de la región de Tumaco (36%) (véase figura 1 y mapa 3). Las mujeres salen más que los hombres, y más lejos, pero sus destinos son menos diversificados: casi exclusivamente Cali para trabajar en el servicio doméstico. En cambio cuando los hombres salen, van a buscar oportunidades más diversificadas de estudio o trabajo, a varias ciudades del país o el extranjero (véase tabla 3).

Tabla 3. Lugares de residencia de los nacidos en Bellavista, dado por género

	Ríos	Bellavista	Tumaco	Ciudades	Otros	Total
Hombres	6	22	22	12	5	63
Mujeres	4	10	19	12	14	60

Nota: el total no corresponde a la adición de los casos ya que incluye doble residencia: una mujer y cuatro hombres.

Es frecuente encontrar veredas sin mujeres jóvenes, lo que es objeto de quejas por parte de los hombres jóvenes que pueden quedarse en la medida en que tienen tierras o trabajo en la vereda. En 106 veredas censadas por el Sisben de Tumaco en 1994, la tasa promedio de masculinidad es de 108,9 hombres por 100 mujeres, y cerca de una cuarta parte de ellas presenta tasas

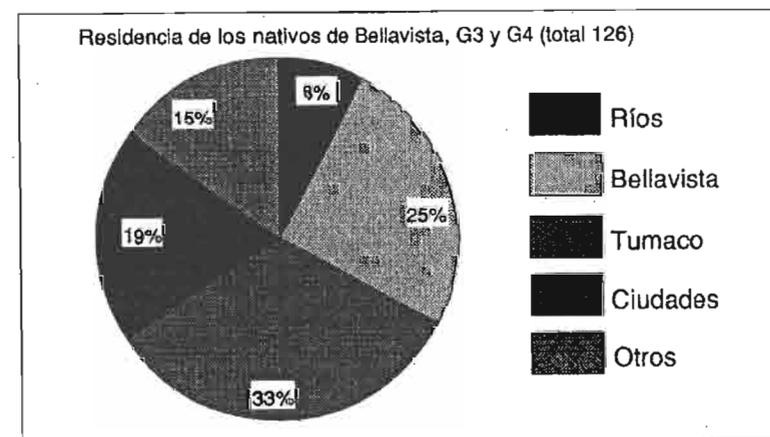
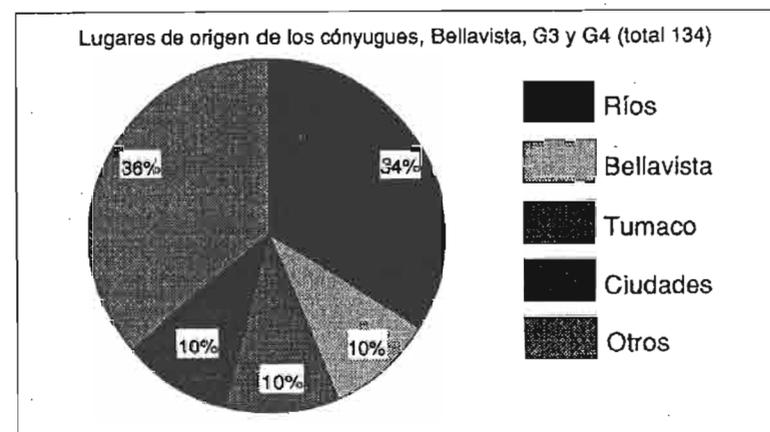
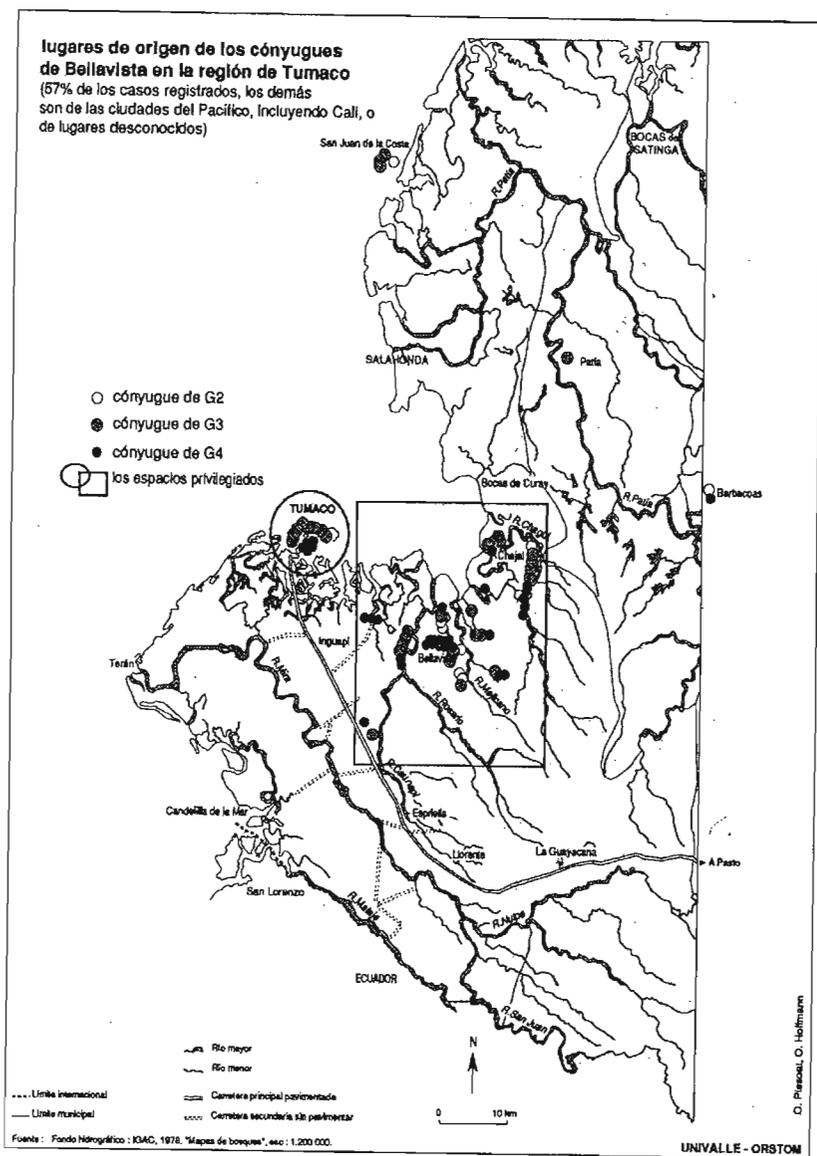


Figura 1. Lugares de origen de los cónyuges y residencia de los nativos Bellavista - Tumaco, 1996



Mapa 3. Lugar de origen de los cónyuges (Tumaco) • Fuente: Fondo hidrográfico : IGAC 1978.

superiores a 122 hombres/100 mujeres, para el conjunto de la población. Obviando a los niños estas tasas serían por supuesto mucho más elevadas⁶ (Hoffmann, 1997).

Principalmente se confirma la ciudad de Tumaco como lugar privilegiado de residencia. Esta migración a Tumaco no implica ruptura completa, aun si pocos son los que vuelven a vivir en la vereda. Permite más bien la iniciación y luego activación de una red de circulación permanente de personas, productos e información entre los ríos y la ciudad. Los que están en Tumaco proporcionan alojamiento para los viajeros de los ríos y hospedaje para aquellos que necesitan quedarse un tiempo en la ciudad —en general por razones médicas o de estudio—. También alimentan al pueblo con información de diversa índole, desde nuevos modos de consumo y vestir, hasta las últimas noticias políticas de interés local o nacional, pasando por supuesto, por la actualización de las informaciones acerca de los miembros dispersos de la red familiar que visitan en Tumaco o envían noticias. Estas relaciones vereda-ciudad no se fundan forzosamente en intercambios de productos y servicios —que de hecho existen—, sino en la circulación de personas e información que puede ser capitalizada en un momento dado. Para la vereda, es importante quedar informada, *estar al tanto*, con el fin de poder establecer negociaciones con algún jefe político para la realización de un *saltadero* o centro de salud, o permitir la inserción del pueblo en tal o cual programa de desarrollo, es decir, en un sentido más amplio, asegurar la presencia de la vereda en el escenario regional. La vereda no puede reproducirse sin sus migrantes a Tumaco, quienes funcionan como embajadores de la modernidad hacia la vereda, portavoces de la misma hacia el exterior, y mediadores potenciales entre ambos espacios.

El desacople entre lugares de alianza y de residencia tiene mayores repercusiones en los modelos de interpretación más difundidos acerca de las reglas de uso y acceso a los espacios. Si recordamos que el acceso a recursos está subordinado a la presencia efectiva, la alta migración pone en cuestión la validez de estos modelos que ligan patrones de alianzas al acceso diversificado a los recursos.

Mi propuesta sería la siguiente: el recurso valorado es la relación social establecida a través de la alianza y no el recurso material al que se accede eventual-

⁶ Es entonces una situación inversa a la que menciona Whitten para Ecuador en los años sesenta cuando dice que los hombres viajan y "cada pueblo tiene más mujeres solas (cuyos hombres las han dejado para viajar) que hombres sin mujeres" (Whitten, 1992: 11).

mente a través de la alianza; es la relación en sí misma, en cuanto permite reafirmar la pertenencia a un espacio de reconocimiento social. En un ámbito de alta movilidad, es necesario manifestar a cada generación la pertenencia territorial, aun si no implica un acceso a los recursos ubicados en este territorio. El acto de "afiliación territorial" simbólica, vía la alianza, no necesariamente desemboca ni tiene por objetivo el acceso a recursos materiales, sino que apunta a (re)construir, en cada generación y para cada familia y miembro de la familia, una "territorialidad" propia que lo identifica frente a los demás.⁷ Quizá incluso se hace más necesaria cuando hay mayor migración.

Como vimos, las formas de afiliación territorial son múltiples en el Pacífico:

- Por filiación (soy *nativo* de tal río y vereda);
- Por alianza (soy esposo/a de alguien de tal río y vereda);
- Por presencia efectiva (soy residente).

Cada forma de afiliación abre ciertos derechos, pero nunca los implica automáticamente. La filiación y la alianza facilitan el acceso a los recursos, no los determinan (Rivas, 1998). Por su parte, la presencia/residencia puede llegar a ser suficiente para acceder a recursos, además de que, en las generaciones siguientes, muy probablemente desembocará en alianzas.

Finalmente se trata en todos los casos de "ubicarse", de "hacerse un lugar" desde el cual proyectarse como individuo, grupo o colectividad. No existe camino único de legitimación socio-territorial, sino que se construyen los caminos en función de los contextos y posibilidades de los momentos. La constitución de un "capital espacial" (Levy, 1992) incluye la construcción o activación de una red de parentesco pero no se reduce a ella. Interviene fundamentalmente la presencia, la participación efectiva en la construcción de los espacios. En este sentido me parece fundamental insistir en lo que planteaba Whitten hace ya dos décadas, a pro-

7 Tiendo a relacionar este proceso con el descrito por Whitten a propósito de la reactualización de los lazos de parentesco en los *velorios* y *chigualos*: "En la cultura negra una persona tiene que trabajar, simbólicamente, para poder mantener los lazos de parentesco a través de varias generaciones. La relación consanguínea vertical se rompe con la muerte de la 'persona-nodo' (el ancestro común) y las relaciones se tienen que reconstruir, 'trabajando'" (Whitten, 1992: 164). De la misma forma, la pertenencia territorial se hereda como potencial, pero necesita "trabajo" simbólico para transformarse en capital espacial movilizable.

pósito de los procesos políticos en San Lorenzo (Ecuador): "la proximidad física [en mis términos, *residencia*] es más importante que la consanguinidad o que la afinidad", y "la proximidad social [lo que he llamado *presencia*] tiene una importancia igual a la consanguinidad" (Whitten, 1992: 187-188). En esta combinación entre relaciones de parentesco y otros tipos de relaciones sociales se define la fuerza del lugar, la identidad territorial que en muchos aspectos sirve de base a la identidad cultural (Villa, 1994, 1996).

La migración, la urbanización y los procesos de modernización modifican en profundidad los esquemas de posibles pertenencias territoriales. La residencia es menos frecuente, y con ella desaparecen, para los migrantes definitivos, las posibilidades de marcar el territorio vía actividades concretas de explotación. Se realzan entonces las otras posibilidades, entre ellas la alianza y la afiliación simbólica, como vías de reafirmación territorial-identitaria.

Pero simultáneamente se están abriendo nuevos caminos, a partir de la creación de nuevos espacios de expresión y posibles procesos de afirmación territorial. La participación política en el Proceso de Comunidades Negras, por ejemplo, pretende constituirse en una nueva forma de legitimidad territorial en el Pacífico. Es más, con todo el respaldo que le otorga la Constitución de 1991 y el aparato del Estado especializado, el Proceso pretende aparecer como detentor casi monopólico de la representación legítima de los intereses territoriales de las comunidades negras. En este andar arriesga restringir y finalmente reducir y fijar las formas de construcción territorial propias del Pacífico, que si por algo se caracterizan frente a otras es por su flexibilidad y capacidad de cambio y adaptación.

CONCLUSIÓN

Las prácticas territoriales —las que implican cierto grado de identificación/apropiación, sea material o simbólica— difieren según los niveles espaciales considerados.

Nivel de la vereda: las relaciones de descendencia/filiación no obligan ni determinan cierta territorialidad, sólo abren un campo de posibles. La afinidad y la proximidad funcionan al igual y de manera casi más ejecutiva que la afiliación y la consanguinidad. Existe la necesidad de reactivar en cada generación los procesos de afiliación territorial.

Nivel de río y ríos: la alianza construye territorialidades múltiples y encajonadas unas con otras, no forzosamente con objetivos de acceso a un territorio y a recursos concretos. La territorialidad se hereda como potencial pero se debe recontextualizar para cada actor/habitante, tomando en cuenta nuevas lógicas y nuevos actores que imponen o comparten nuevas reglas: las organizaciones, el Estado, el capital, la iglesia católica... *El río* no es el único espacio de anclaje identitario, ni funciona como unidad estricta de intercambio matrimonial,⁸ es uno entre varios espacios de referencia posibles.

Nivel de Tumaco: la construcción de un espacio regional articulado alrededor de la ciudad suscita nuevas prácticas espaciales y territoriales — neoresidencia urbana— a la vez que puede reactualizar antiguas —movilidad pendular y doble residencia en Tumaco y en las veredas—. Pero también aparecen rupturas —pérdida de nexos con las veredas por ejemplo— que implican imaginar nuevas formas de legitimación territorial que pueden pasar por el campo de la política.

Habrán notado que he hablado poco de “territorios”, y más bien describo territorialidades y prácticas espaciales, e incluso espacios de residencia, de trabajo, de intercambio matrimonial, etc. Es decir, a estas alturas, me niego a definir “un” territorio, ya que esa definición es un acto fundamentalmente político y dependiente de los objetivos e intereses que se persiguen. El territorio de hoy puede ser el río, el de mañana la ensenada, para unos se trata del conjunto Pacífico, para otros se restringe al territorio de titulación colectiva por venir...

Lo que sí se puede afirmar es la multiplicidad de territorialidades, y la no-determinación de una u otra modalidad —la filiación, la alianza, la residencia/presencia— en las definiciones territoriales de los actores individuales o colectivos del Pacífico. Al contrario, vemos un sistema flexible y articulado alrededor de varios campos de legitimación, en permanente reconstrucción y reactualización según los contextos espaciales e históricos —entre ellos por supuesto los políticos— a los que pertenecen las veredas

8 Esto depende de las características concretas de cada espacio. Para el Mejicano por ejemplo, el nivel de la ensenada es más pertinente que el del río para hablar del universo de alianzas, mientras el río sigue como unidad incontornable para tratar los asuntos políticos o de negociación con las entidades del Estado, las ONG o las organizaciones del Proceso de Comunidades Negras, por ejemplo. En todo caso habría que matizar afirmaciones como la de West: “la gente que vive en un mismo río se considera como una sola comunidad” (1957: 88) o las que definen el río como unidad endogámica.

y poblaciones del Pacífico. Inmersas en la modernidad, las veredas de hoy y sus pobladores reinventan sus territorialidades con herramientas heredadas y otras que se construyen día a día.

BIBLIOGRAFÍA

- APRILE-GNISET, Jacques. 1993. *Poblamiento, hábitats y pueblos del Pacífico*. Cali: Universidad del Valle.
- AROCHA, Jaime. 1991. “La ensenada de Tumaco: invisibilidad, incertidumbre e innovación” En: *América negra*. N° 1. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.
- FRIEDEMANN, Nina S. de. 1969. “Güelmambí: formas económicas y organización social” En: *Revista colombiana de antropología*. Vol. XIV. Bogotá: ICAN.
- . 1974. “Minería del oro y descendencia: Güelmambí, Nariño” En: *Revista colombiana de antropología*. N°16. Bogotá: ICAN.
- HOFFMANN, Odile. 1997. “Sisben de Tumaco: una aproximación cartográfica a los datos” Documento de trabajo N° 33. Cali: Cidse-Orstom.
- LEVY, Jacques. 1992. *L'espace légitime*. París: Fondation des Sciences Politiques.
- LOSONCZY, Anne-Marie. 1992. “Les saints et la forêt: système social et système rituel des negro-colombiens: échanges inter-ethniques avec les Embera du Chocó (Colombie)” Tesis de doctorado, Université Libre de Bruxelles.
- MOSQUERA, Gilma. 1993. “La vivienda en el Chocó” En: Pablo LEVYA (ed.) *Colombia Pacífico*. Bogotá: Fen-Biopacífico, II Tomo.
- RESTREPO, Eduardo. 1997. “Economía y simbolismo en el Pacífico ‘Negro’” Tesis de antropología. Universidad de Antioquia. Medellín.
- RIVAS, Nelly. 1998. “Territorialidad y derechos de propiedad en el Pacífico nariñense (río Mejicano - Municipio de Tumaco)” Tesis de Sociología. Universidad del Valle. Cali.
- VILLA, William. 1994. “Territorio y territorialidad en el Pacífico colombiano” En: *Comunidades negras: territorio, identidad y desarrollo*, Bogotá, PNR-ICAN.
- . 1996. “Ecosistema, territorio y desarrollo” En: *Comunidades negras: territorio y desarrollo*. Medellín: Esteros.
- WEST, Robert. 1957. *The Pacific Lowlands of Colombia*. Baton Rouge: Louisiana State University Press.
- WHITTEN, Norman. 1992. *Pioneros negros: la cultura afro-latinoamericana del Ecuador y Colombia*. Quito: Centro Cultural Afro-ecuatoriano.

En este libro se reúnen los estudios más recientes adelantados por diferentes investigadores nacionales y extranjeros sobre los territorios y las identidades de la gente negra en Colombia. Geógrafos, sociólogos y antropólogos, entre otros, exponen en sus artículos los resultados de sus trabajos de campo y las distintas elaboraciones teóricas con las cuales enfrentan sus investigaciones. Así, nos encontramos con una multiplicidad de perspectivas disciplinarias, orientaciones conceptuales y estrategias metodológicas para abordar diversos aspectos concernientes a las temáticas de la territorialidad y la identidad en áreas rurales y centros urbanos del país. Este libro contiene una muestra significativa de los avances y perspectivas de la investigación sobre temas centrales de las ciencias sociales y constituye un importante aporte a los estudios de la gente negra en Colombia.

...



ISBN 958-95712-5-5



9 789589 571255

montes, ríos ciudades

JUANA CAMACHO y EDUARDO RESTREPO

montes, ríos ciudades

Territorios e identidades
de la gente negra en Colombia

JUANA CAMACHO Y EDUARDO RESTREPO
EDITORES

Fundación Natura

ECOFONDO

Instituto Colombiano de Antropología

DE MONTES, RÍOS Y CIUDADES:
TERRITORIOS E IDENTIDADES DE LA GENTE
NEGRA EN COLOMBIA

Juana Camacho y Eduardo Restrepo
Editores

FUNDACIÓN NATURA
ECOFONDO
INSTITUTO COLOMBIANO DE ANTROPOLOGÍA

© 1999, Fundación Natura
Calle 61 No. 4-26
Santa Fe de Bogotá

© 1999, Instituto Colombiano de Antropología
Transversal 17 No. 36-74
Santa Fe de Bogotá

© 1999, Ecofondo
Calle 82 No. 19-26
Santa Fe de Bogotá

Primera edición:
Santa Fe de Bogotá, febrero de 1999

ISBN: 958-95712-5-5

Diseño de portada y diagramación
Mauricio Melo González
design@mauriciomelo.com

Impresión
Giro Editores
Cr. 61 No. 73 - 30
Santa Fe de Bogotá, D.C.
Tel.: 2506515

Impreso y hecho en Colombia
Printed and made in Colombia

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida ni en su todo ni en sus partes, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de los autores.

Contenido

Introducción 7

PACÍFICO RURAL COLOMBIANO

Memorias e identidad: los negro-colombianos del Chocó

Anne-Marie Losonczy 13

Espacio e identidad en el Pacífico colombiano

Ulrich Oslender 25

Hábitats y espacio productivo y residencial en las aldeas parentales del Pacífico

Gilma Mosquera 49

Territorialidades y alianzas: construcción y activación de espacios locales en el Pacífico

Odile Hoffmann 75

Modalidades de acceso a la tierra en el Pacífico nariñense: río Mejicano-Tumaco

Nelly Rivas 95

"Todos tenemos derecho a su parte": derechos de herencia, acceso y control de bienes en comunidades negras de la costa Pacífica chocona

Juana Camacho 107

Titulación colectiva en comunidades negras del Pacífico nariñense

Hernán Cortés 131